El matrimonio del Profeta (P y B)

Cuando Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) tenía veinticinco años, ya era conocido por su gran honestidad. Todos en La Meca lo respetaban, incluso las personas mayores. Su pureza de corazón crecía con el paso del tiempo, y parecía poseer un conocimiento interior que no era común en los demás. Creía firmemente en un Dios Creador del universo, a quien adoraba con sinceridad y devoción. Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) se destacaba por encima de todos en su comunidad; era la persona más amable, sincera y confiable de su ciudad. Entre la tribu de Quraish era conocido como "*al-Amin*", debido a las nobles cualidades que Al-lāh le había otorgado. Solía pasar largos momentos en la tranquilidad de una cueva del monte Hira, cerca de La Meca, reflexionando sobre su fe en Al-láh.

En Quraish vivía una mujer honorable, rica y respetada llamada Jadiya. Ella se dedicaba al comercio y, al oír sobre la excelente reputación de Muhammad (la paz y bendiciones sean con él), le envió una propuesta para que se encargara de sus negocios y realizara un viaje comercial a Siria en su nombre.

Muhammad aceptó y partió hacia Siria acompañado de una caravana, en la que también iba Maisarah, un sirviente de Jadiya. Durante el trayecto, Maisarah conversó mucho con él y pronto llegó a admirarlo profundamente, notando que era muy distinto a los demás hombres de Quraish.

Durante ese viaje sucedieron dos hechos extraordinarios que sorprendieron mucho a Maisarah. El primero ocurrió cuando se detuvieron a descansar cerca de la humilde morada de un monje. Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) se sentó bajo un árbol mientras Maisarah hacía algunos quehaceres. El monje se acercó y preguntó: "¿Quién es ese hombre que descansa bajo el árbol?" Maisarah respondió: "Es uno de los Quraish, protectores de la Kaaba". El monje replicó: "Debajo de ese árbol solo se ha sentado un profeta".

El segundo acontecimiento fue durante el viaje de regreso. Al mediodía, cuando el sol estaba en su punto más alto, Maisarah iba montado detrás de Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) y observó algo extraordinario: una nube seguía a Muhammad protegiéndolo del sol con su sombra. El viaje resultó ser un gran

éxito, y Muhammad consiguió mayores ganancias para Jadiya de las que ella había tenido anteriormente.

Cuando regresaron a La Meca, Maisarah le contó a Jadiya todo sobre la conducta de Muhammad y los hechos extraordinarios del viaje. Jadiya, que era una viuda de aproximadamente cuarenta años, además de ser rica y admirada por muchos, también era muy hermosa. Muchos hombres deseaban casarse con ella, pero ninguno le parecía adecuado. Sin embargo, al conocer a Muhammad (la paz y bendiciones sean con él), reconoció algo especial en él. Por eso, envió a una amiga de confianza a preguntarle por qué aún no se había casado. Muhammad respondió que era porque no tenía recursos económicos. La amiga entonces le dijo: "¿Y si una mujer noble, bella y adinerada aceptara casarse contigo?" Muhammad quiso saber de quién se trataba. Al oír que era Jadiya, se alegró mucho, pues sentía un gran respeto por ella. Fue entonces con sus tíos, Abu Talib y Hamza, a pedirle al tío de Jadiya su consentimiento para el matrimonio. Él aceptó, y poco tiempo después, Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) y Jadiya se casaron. Su matrimonio fue feliz, y Muhammad y Jadiya

formaban una pareja muy compatible. No obstante, su vida juntos también tuvo momentos de tristeza.

Al-lāh los bendijo con seis hijos: dos varones y cuatro hijas. Sin embargo, su primer hijo, Qasim, falleció antes de cumplir dos años, y su último hijo Abdul-lah, también un niño, vivió solo por un corto tiempo. Aun así, sus cuatro hijas —Zainab, Ruqaíah, Umm Kulzum y Fátima— sobrevivieron.

Durante varios años, Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) llevó una vida tranquila y discreta como comerciante en La Meca. Su sabiduría fue una fuente de beneficio para muchas personas. Uno de los momentos importantes durante esa etapa fue cuando la tribu de Quraish decidió reconstruir la Kaaba. La decisión no fue fácil, ya que debían demolerla primero, y temían que Al-láh se enojara por derribar Su Casa Sagrada. Finalmente, uno de los ancianos sabios tomó la iniciativa, y los demás lo siguieron. Trabajaron hasta llegar a la base original que el profeta Abraham había construido. Cada tribu aportó piedras y edificaron la Kaaba hasta llegar al punto donde debía colocarse la Piedra Negra. En ese momento, surgió un desacuerdo entre las tribus,

pues cada una quería tener el honor de colocar la Piedra Negra en su lugar. La disputa creció tanto que estuvieron a punto de enfrentarse físicamente.

Afortunadamente, uno de los hombres propuso una solución: dejar que la primera persona que entrara en el recinto sagrado decidiera qué hacer. Todos estuvieron de acuerdo, y fue Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) quien entró primero. Todos se alegraron, ya que confiaban plenamente en él. Le explicaron el problema y él pidió que le trajeran una capa grande. Cuando se la dieron, la extendió en el suelo y colocó la Piedra Negra en el centro. Luego pidió a un representante de cada tribu que sujetara un extremo de la capa. Así, entre todos, levantaron la piedra hasta la altura deseada. Entonces, Muhammad (la paz y bendiciones sean con él) tomó la piedra con sus propias manos y la colocó en su lugar.

Este episodio demuestra el gran respeto que Quraish tenía por Muhammad (la paz y bendiciones sean con él), y cómo su sabiduría y buen juicio ayudaron a evitar un conflicto y mantener la armonía entre las tribus.